



XVII

POR dicha, en estas Asambleas reina una perfecta igualdad: los más grandes no lo son tanto como aquellos á quienes representan: los más pequeños crecen en virtud de los poderes que traen: todos toman la estatura de las ideas que se consagran; las reputaciones más ilustres se oscurecen y las más modestas se abrillantan en la majestad de las Asambleas, porque todos, con distintos merecimientos, con iguales títulos, representamos aquí el nombre inmortal, el nombre sagrado de la patria.

Señores diputados: no sé por qué, al pronunciar esta palabra patria, extraño sentimiento me sobrecoge. Yo no lo expresaría en este sitio, si la expresión de este senti-

miento no condujera directamente al objeto de mi discurso. Yo no os lo comunicaría tampoco si este sentimiento no me fuera común con muchos miembros de la mayoría, con algunos individuos del Gobierno provisional. Nosotros, los que hoy representamos la majestad de la patria, ayer no teníamos patria. Nuestros nombres se hallaban confundidos en las mismas sentencias de muerte. Aquí, en el suelo querido, en el hogar consagrado por la sombra de nuestros padres, sólo nos aguardaba el verdugo. Nosotros arrastrábamos por las orillas de extranjeros ríos nuestra alma desolada con las tristezas del destierro, que tiñe de colores de hiel todos los objetos.

¡Cuántas veces nos encontramos algunos de los actuales ministros y yo en aquellas grandes ciudades llenas de seres, y, sin embargo, para nosotros desiertas! ¡Cuántas veces decíamos: Es verdad, todo el planeta es tierra, pero no es la tierra cuyo jugo llevamos en nuestras venas; toda la atmósfera es aire, pero no es el aire que ha mecido nuestra cuna; todo el sol es luz, pero no es aquella luz de la cual llevamos un beso inmortal en

la frente; todos los hombres son nuestros hermanos, pero no son aquellos hermanos que expresan su pensamiento en la amplia y sonora lengua española; y después de haber visto las ciudades más populosas; después de haber contemplado los monumentos más grandiosos; después de haber departido con los genios más eminentes de Europa; después de haber presenciado el movimiento de las ideas en Alemania, el movimiento de las máquinas en Inglaterra, el esplendor de la libertad realizándose en Suiza más sublime todavía que las eternas cimas de los Alpes; después de haber recorrido los campos de Italia entre aquellas estatuas que parecen exhalar aun de sus labios de mármol los versos de los antiguos poetas y los diálogos de Platón, los ojos se volvían tristes á la tierra donde el sol se pone, y habríamos dado nuestra existencia por vivir algunos momentos en medio de nuestros compatriotas, por tener la seguridad de que nuestros huesos no habrían de estar más fríos y más solitarios, en tierra extranjera, sino que habían de venir aquí á confundirse con los huesos de nuestros padres, aunque sólo tuvieran por epita-

fió, la hierba de los campos, y por asilo una ignorada sepultura, que nada hay tan grande y tan sublime como el amor á la patria.

(Del primer discurso que pronunció en el Parlamento el 22 de Febrero de 1869.)



XVIII

Y os suplico que no os equivoquéis sobre esta reflexión patriótica á que os invito. Yo no tengo, yo no puedo tener, yo no he tenido nunca odio al extranjero; yo soy hombre de mis tiempos, yo soy hombre de Europa, yo tengo especialmente una grande estima y una alta idea de la nación francesa. Pero os digo que el lazo nacional más fuerte no es la lengua. Bélgica y una parte de Suiza hablan francés, y no quieren ser francesas. El lazo nacional no es la geografía. Nuestro territorio se confunde con el territorio de Portugal, y Portugal no quiere ser de España. El lazo de la nacionalidad son las glorias comunes; el lazo de la nacionalidad son los comunes recuerdos.